

Caída del comunismo en Guatemala

Por J. Humberto R. Castellanos.

El pueblo de Guatemala acaba de sufrir una conmoción político-social que se presiente ser de la magnitud de aquellas que marcan una época definida en la historia de los pueblos. Nos referimos al triunfo del Anticomunismo contra el Comunismo, que dió por tierra en una forma casi inesperada al régimen rojo del coronel Jacobo Arbenz, y elevó al poder a la junta de Gobierno que preside el coronel Carlos Castillo Armas, líder anticomunista y caudillo de los ejércitos de liberación, que al insurgir por el oriente de la república, hicieron huir en pocos días a quienes por la radio y la prensa, parecían invencibles.

Al parecer, esta lucha fué de pocos días, pero efectivamente fué una lucha constante que se prolongó por largos años, a través de los cuales no fueron pocas las víctimas que salieron al ostracismo, que se pudrieron en las cárceles o que sucumbieron trágicamente en manos de sádicos verdugos. El número de las víctimas que murieron sacrificadas se elevó a varios centenares.

Los órganos noticiosos han informado detalladamente, con fotografías y minuciosas descripciones, de sus bárbaros martirios.

Decimos que el triunfo del coronel Castillo Armas vino a marcar, o sellar, un período de la historia de Guatemala. Lo decimos así, porque tenemos fe en que la doctrina nefasta del comunismo no volverá a florecer jamás en nuestro suelo. Este nuestro período comunista será de apenas unos diez años. Diez años son un instante en la historia, pero el hecho real tiene trascendencia en el tiempo. Aquí no ha habido una simple sustitución de un régimen por otro régimen, sin otra diferencia que el nombre o etiqueta del grupo, como tantos otros movimientos políticos que a cada paso encontramos registrados en nuestra historia, desde la independencia hasta nuestros días. La lucha no ha sido contra Arbenz y sus servidores como un desafecto a sus particulares personas, la lucha ha sido contra esa doctrina social que ellos representaban y sostenían, fué una lucha de todo el pueblo sano de Guatemala que no quería sucumbir bajo esa lepra espantosa que se llama Comunismo y que viene devorando pueblo tras pueblo, barbarizán-

dolos y masacrándolos en un necio afán de querer hacer retroceder el siglo XX de nuestra Era Cristiana hasta los ya olvidados tiempos de los bárbaros de la Tartaria.

El comunismo no es un partido político de concretas finalidades dentro de un determinado marco nacional. Se le ha pretendido comparar con el Nacismo o el Facismo, viendo nada más sus medios materiales de ataque, de lucha, pero en el fondo, en sus fines, no existe comparación posible. El Nacismo y el Facismo fueron partidos políticos de una finalidad patriótica. Fueron doctrinarios naturalmente, todo partido político ha de tener una ideología, una doctrina, un credo, su bandera de lucha. Levantaron a Alemania e Italia, sus respectivas patrias, de planos de miseria a la altura de grandes potencias, no solamente bélicas sino también en lo industrial, en lo comercial y en lo cultural. Su ideología estaba viciada en algunos aspectos, pero realizaron obras dignas de todo encomio y admiración. El comunismo en cambio no ha realizado hasta hoy nada que sea digno de admiración en ningún país, ni aun en Rusia, que ha sido hasta hoy su base de operaciones, como podría haberlo sido China, Italia, Alemania, Francia o cualquier otro lugar de la tierra.

El comunismo no tiene patria, pues hasta dicha palabra está proscrita de su léxico, por ser un término que califica de "burgués". No le interesa la prosperidad de ningún pueblo, al contrario, todos los países que han caído bajo su poder se han hundido en la ruina, es como las hienas, que se alimentan de los cadáveres. El comunismo no tiene religión, rechaza la idea de Dios, no considera a los hombres hermanos, antes bien hace que el hombre sea, como expresa el dicho latino, lobo del hombre: "Homo homini lupus".

Doctrina semejante no puede tener vida en un pueblo civilizado y católico, en un pueblo que tenga una brillante tradición de cultura y que haya dado a través del tiempo fuertes manifestaciones de su amor a la libertad, como es el pueblo de Guatemala.

Ahora bien, ¿qué fenómeno sociológico, qué factor político, qué hecho natural fué el que permitió brotar el comunismo entre nosotros? No acusamos a la general pobreza de nuestro pueblo, ni al elevado porcentaje de nuestros indios. No acusamos a nuestro fuerte analfabetismo, ni acusamos tampoco a nuestros regímenes de dictadura pasados. La ignorancia, la pobreza ni la opresión podrán ser en sí germen del comunismo, serán acaso una tierra muy fértil para su cultivo. Debemos tener presente que con harta frecuencia encontramos en los hogares más pobres, ignorantes y sufridos, los corazones más comprensivos y más nobles. Bástenos como una muestra estudiar el santoral de la Iglesia católica. Cristo mismo escogió sus primeros discípulos entre pobres e ignorantes.

Tenemos a la vista, por otra parte, muy claros ejemplos. Italia, Francia, España, son países de muy alta civilización y cultura, y hasta timbrados de su gran catolicismo. Los mismos Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, que debemos reconocer como los países de avanzada de nuestra civilización, han visto germinar dentro de sí, y desarrollarse de manera fatal, el Comunismo. Ahí tenemos precisamente a Francia. Esa Francia de vieja tradición heroica, esa Francia esplendorosamente católica, esa Francia que hasta hace pocos años fuera la gran luminaria del mundo en el arte, la ciencia,

en sus leyes, en todo, ahí la tenemos hoy precisamente sucumbiendo pedazo a pedazo, víctima del comunismo, infiltrado en su asamblea, en su ejército, en sus hombres de ciencia, y en millares de sus obreros. Allí se gritará ¡ Viva Moscú! ¡ Viva la Internacional y los proletarios del Mundo! ¡ Viva Mendes-France!, y ¡ Francia? Francia que reviente, poco importa.

Ese fué también el caso de España, la noble víctima republicana, cuyo rescate costó tan alto precio, y cuyas cicatrices han sido tan profundas que aún la aquejan. Aquí mismo, la república hermana de El Salvador recordará hoy una vez más su tragedia de 1932.

No, el comunismo no es producto de las clases ignorantes o empobrecidas, éstas son más bien sus primeras víctimas. El Comunismo tiene sus máximos propagandistas y cultivadores entre las clases llamadas "intelectuales". Sus células medulares son literatos, periodistas, gentes de universidad y, sobre todo, maestros de escuela. Son estos quizá sus más incondicionales servidores, miserables envenenadores de esas juventudes que en mala hora son puestas bajo su orientación. Maestros de escuela fueron, aquí en Guatemala, delatores y verdugos, que con no poca satisfacción se tiñeron las manos con sangre de sus víctimas. Ahí están los testimonios jurados en los tribunales de Justicia y allá andan ellos, huyendo como vulgares malhechores, o refugiados en las legaciones extranjeras.

Eso es el Comunismo, la maldad en función activa y técnicamente organizada.

Pero ¿cuál es el origen de tan funesta doctrina? Esa doctrina es el producto de la sociedad atea, de esa enseñanza laica de las juventudes. Es la negación de Dios.

Cuando el hombre pierde a Dios, pierde la responsabilidad de sus actos y queda desorientado en la vida. Ese instinto animal y salvaje que todos llevamos dentro reprimido por la fuerza de la moral, la cultura y la conciencia de lo infinito, brota espontáneo dominando pensamientos y acciones.

Y si ahondamos más en las causas, tenemos que llegar al origen en el ateísmo. Allí vamos a encontrarnos con la funesta y tozuda labor de liberales, masones, librepensadores, nihilistas, etc., etc. Toda una fauna de roedores que desde lejanos tiempos han venido atacando los fundamentos morales y espirituales de la humanidad. Los unos han sostenido su lucha a cara descubierta, los otros, más arteros, con sus organizaciones secretas, atacan ocultos en la sombra. Estos han sido siempre y en todo caso, los más peligrosos; sus ataques han sido los más efectivos. Estas fuerzas latentes son permanentes, han logrado prolongar su existencia por centurias y, en nuestros días, se encuentran perfectamente organizadas y, como siempre, en pie de lucha.

Nos hemos referido al principio a la "caída del Comunismo en Guatemala". Caída no quiere decir destrucción ni muerte. Ha sido derribado del poder, pero no arrancado ni borrado del alma de quien sabe cuantos millares de nuestros connacionales. No será posible deshacer en unos pocos días esa obra de envenenamiento realizada durante más de una década por agentes de alta preparación y disciplina.

Esta obra de limpieza moral, de saneamiento espiritual habrá de ser muy larga y difícil. El Comunismo, derribado del poder quizá no tanto por la fuerza de las armas cuanto por la ineptitud y cobardía del presidente Arbenz, ya emprenderá su lucha nuevamente desde la llanura para la reconquista de sus perdidas posiciones. Hay que tener muy en cuenta que esta es una doctrina de lucha implacable; cada uno de sus afiliados tiene que ser un luchador en potencia, o es descartado. De momento sus altos dirigentes han huído o han buscado el amparo de las embajadas y legaciones extranjeras. Es muy probable que ya se estén moviendo ciertos pactos secretos para salvar a los **hermanos** y camaradas.

En cuanto las aguas se tornen tranquilas, ya volverán a reorganizarse las células, las brigadas, los cuadros de mando. Surgirán nuevos o resurgirán ciertos elementos "intelectuales" que en conferencias o por la prensa proseguirán diseminando las teorías extremistas. Hay centenares de maestros de escuela, apóstoles convencidos de las bellezas del marxismo, que si acaso hoy han sido desplazados, ya sabrán mañana cómo arreglárselas para volver a las aulas, donde siempre encontrarán juventudes crecidas en ambientes de débil consistencia moral, que serán tierra virgen y fértil para tan terrible semilla. El odio de clases sembrado en el alma de campesinos y obreros ha sido siempre muy difícil de extirpar. Ese odio suele heredarse de padres a hijos. Es como la mancha de aceite en paño nuevo. Y más aun, cuando inciden tales hijos al aula de un maestro comunizante, ese odio se arraiga de una manera más profunda y definitiva.

El Comunismo es la doctrina del odio al hombre por excelencia.

Hasta hoy no se le conoce otro fin que la bestialización y exterminio de la humanidad. El mundo es un vasto escenario de luchas fratricidas. Numerosas y grandes naciones accionan al compás que marca la batuta del Kremlin. Hay guerra en todos aquellos pueblos donde el Kremlin quiere, y hay paz en aquellos lugares donde le conviene. Todo se desarrolla de acuerdo con los planes y conveniencias de Comunismo.

Por lo tanto, la tarea no ha terminado, esta aún en sus fases preliminares. El esfuerzo salvador no deberá detenerse sino hasta haber logrado la extinción total de esa doctrina.

* * *

Quienes somos asiduos concurrentes a la tradicional "Misa de Doce", de la Catedral de Guatemala, escuchamos un domingo de Abril de este mismo año, la lectura de la Carta Pastoral de Mons. Rossell y Arellano sobre "los avances del Comunismo en nuestra Patria". Esa Pastoral, lo creemos sinceramente, debería ser llamada la **Pastoral Heróica**.

Esta Pastoral, leída en otra oportunidad o en otro país donde la libertad, el derecho y la justicia imperen plenamente, donde la perfidia y la ferocidad del comunismo se conozcan sólo por las informaciones extranjeras y no por experiencia propia, carecerá de todo el valor y trascendencia que tuvo al ser leída y publicada en nuestra Guatemala de principios de 1954.

El régimen del Presidente Arbenz había entrado ya de lleno a combatir al "Anticomunismo", empleando tácticas netamente comunistas. Se había comenzado la expulsión de sacerdotes extranjeros. La delación o espionaje político se había intensificado en una forma alarmante. Numerosos ciudadanos eran aprehendidos por la policía, y eran **desaparecidos** por varios días, luego aparecían sus cadáveres tirados en alguna calle, a donde los iba a recoger una ambulancia y se les sepultaba apresuradamente. El informe de la policía indicaba que había sido atropellado por un vehículo que "no pudo ser identificado". Un ciudadano murió en la cárcel "de un ataque durante el interrogatorio". Un destacado anticomunista desapareció por varios días; más tarde la policía informó que "habiendo sufrido un accidente de tránsito por la carretera que bordea el lago de Amatitlán había muerto **ahogado**, y que había sido difícil localizar su cadáver". Un comerciante apareció "suicidado" en su almacén, con un tiro en el cerebro, llena de golpes la cara y fracturados los huesos de los brazos. Una difusora particular que transmitió programas anticomunistas, fué asaltada por un grupo de enmascarados, destruídos sus equipos y maniatadas todas las personas que se encontraron en sus estudios. La policía descubría frecuentes "complots" y con ese pretexto aprisionaba y torturaba multitud de personas.

La prensa de oposición se mostraba débil; la prensa independiente, catalogada también como enemiga del régimen, sufría fuerte fiscalización y amenazas, tanto de la secretaría y divulgación y propaganda de la Presidencia, como de la Policía. Sufría también los cotidianos ataques de los periódicos y difusoras gobiernistas. Si un abogado se encargaba de la defensa de un ciudadano atacado por el régimen, se le consideraba también como enemigo del régimen y quedaba expuesto a los riesgos consiguientes. Si un juez iniciaba un proceso en igual sentido, era destituido. La Corte Suprema de Justicia, que funcionaba de manera inconstitucional y estaba impuesta a entera conveniencia del régimen, no daba trámite a ningún recurso de amparo para ningún ciudadano perseguido.

Ese era el ambiente normal de Guatemala en el mes de abril; las matanzas en masa, las grandes torturas y los enterramientos en fosas abiertas en el campo, comenzaron hasta junio. En ese ambiente de angustia, de zozobra, de terror, fué publicada esa Pastoral heroica.

Situémonos dentro de ese ambiente. Sobre nosotros, como sobre todos los ciudadanos, las miradas vigilantes de los espías del gobierno, los "orejjas" delatores. Vamos a escuchar el mensaje de ese Prelado sobre el que pende una constante amenaza del régimen poderoso, y detengámonos en algunos de los pasajes de su Pastoral.

Como Jefe de la Iglesia guatemalteca, y atendiendo lo ordenado en las encíclicas pontificias, especialmente la "Divini Redemptoris", dijo: "... debemos una vez más elevar nuestra voz de alerta a los católicos, en este momento, cuando la peor de las doctrinas ateas de todos los tiempos, el comunismo anticristiano, prosigue sus avances descarados en nuestra patria y trata de insinuarse ocultándose bajo la capa de reivindicaciones sociales para las clases menesterosas, a las que hoy llama para que le ayuden en su campaña devastadora, para mañana mandar a trabajos forzados y a la peor de las miserias, a los mismos obreros y campesinos que le ayudaron a escalar el poder; porque así es el comunismo: para reinar tiene que dividir, y a

los que le favorecen hoy, los manda a la horca mañana, como ha sido la negra y trágica historia de Rusia, que es el país que, desde el principio del mundo, ha asesinado a mayor número de obreros y campesinos”.

Hace luego un ligero recuento de las diversas oportunidades en que lanzó sus voces de alerta contra los avances del comunismo en Guatemala, y en que no sólo no se le escuchó, “sino que, mientras se cerraban las puertas a los ministros del culto católico: sacerdotes o religiosos, se abrían de par en par nuestras fronteras a una chusma de aventureros internacionales, foguedos en las tácticas comunistas que impuso la Tercera Internacional y, violando las leyes de Guatemala, se dió amplia libertad a quienes, en principio y por consigna, tienen como misión fundamental atentar contra la seguridad de las naciones y descristianizar al pueblo”.

“Ahora, de nuevo, —continuó diciendo el valiente Prelado, con las siguientes palabras que fueron interpretadas por el gobierno como una clara llamada a la rebelión,— hemos de hablar a todos vosotros, muy amados hijos, para que sepáis con más certeza, lo que es el comunismo, contra el que se ha levantado el espíritu del pueblo honrado de Guatemala, que debe estar contra quienes están socavando la libertad nacional, gente sin patria, escoria de otros países, que han pagado la hospitalidad que Guatemala, generosa siempre, les ha brindado, sembrando el odio de clases, para mejor medrar a la hora del pillaje y del asesinato nacional, (*) que ha mucho tiempo aguardan. Estas palabras del Pastor quieren orientar a los católicos en justa, nacional y digna cruzada contra el comunismo. El Pueblo de Guatemala debe levantarse como un solo hombre contra el enemigo de Dios y de la Patria. Nuestra lucha contra el comunismo debe ser, por consiguiente, una actitud católica y nacional”. Y luego agregó: “Vayamos a la campaña contra el comunismo en nombre de Dios y con Dios, pero jamás, guiados por mezquinos intereses políticos”.

Al salir del templo nos apenaba la idea o el temor de la forma en que reaccionaría el gobierno al conocer esa Pastoral.

Una vez más se hacía oír la voz enérgica y firme de la Iglesia frente a la insolencia dominadora.

La reacción comunista no tardó en presentarse. Por la radio y prensa oficiales, en los partidos y agrupaciones gobiernistas, preñada de amenazas, cargada de insultos, con burlas soeces. Y como para justificar futuras acciones contra la Iglesia lanzaron a los cuatro vientos su “yo cuso”: el clero estaba haciendo política, el Arzobispo estaba incitando al pueblo a la rebelión.

Monseñor Rosell supo responderles que combatir al comunismo no era hacer política. Que el verdadero pastor no era aquel que al asomar el lobo, huía, se ocultaba y abandonaba al rebaño, sino aquel que salía a la defensa de sus ovejas atacando al lobo. Y añadió que, si la salvación de Guatemala precisaba de su sangre y de su vida, allí estaba dispuesto al sacrificio en cualquier momento. Copias de su Pastoral heroica se enviaron a todos los

(*) El subrayado es nuestro.

periódicos independientes para su divulgación y se ordenó que fuera leída nuevamente en los domingos subsiguientes en todas las iglesias de Guatemala.

Contiene esta Pastoral mucha enseñanza, mucha luz sobre lo que es el comunismo. Su actualidad no ha pasado, su actualidad será permanente mientras el comunismo exista. Y el comunismo existe y se va extendiendo fuertemente entre nosotros, en toda Centroamérica. En El Salvador está haciendo esfuerzos por brotar la nueva semilla, va olvidándose ya la dolorosa experiencia de hace dos décadas; ha demostrado su existencia en Honduras, y pronto la demostrará también en Nicaragua; en Costa Rica se ha exhibido a plena luz, y en Guatemala, como ya dijimos, sólo ha sido derribado del poder, pero ha quedado muy infiltrado en nuestro pueblo. Por eso deseáramos que esa Pastoral heroica se reprodujera copiosamente y se hiciera llegar a todos los rincones de nuestros países, especialmente a aquellos donde ha comenzado a llegar tan funesta propaganda. Hay que impedir que el comunismo vuelva a adquirir dominio en nuestros pueblos. Que esa experiencia tan dolorosa y sangrienta que sufriera ayer El Salvador y hoy Guatemala, no vaya a sufrirla mañana ningún pueblo hermano.

